



## LUCIDEZ DESARTICULADA

### LUCIDITY DISJOINTED

Germán Llorca Abad<sup>1</sup>

#### Resumen

El presente artículo reflexiona sobre algunos aspectos clave relacionados con la capacidad humana de pensar. Así, propone la redefinición del concepto moderno de *razón* sobre una nueva perspectiva del sentido de *lucidez*, en tanto que posibilidad de acumular conocimiento. Propone, a su vez, la existencia de una intención *poderosa* por descomponer y desarticular dicha capacidad, con el fin de favorecer la implantación de nuevos y más sutiles mecanismos de control. El autor utiliza fuentes próximas a la comunicación, la sociología y la antropología para construir su hipótesis.

**Palabras clave:** pensar, razón, lenguaje, atención, conciencia, lucidez, modernidad, globalización.

#### Abstract

This article discusses some key aspects of the human capacity to think. The author proposes redefining the modern concept of reason from a new perspective on the sense of lucidity, as the possibility of accumulating knowledge. He also proposes the existence of a powerful intention to break down and disrupt such capacity, in order to promote new and subtler mechanisms of control. The author uses sources close to the communication, sociology and anthropology fields to construct his hypothesis.

**Key words:** think, reason, language, attention, awareness, lucidity, modernity, globalization.

---

<sup>1</sup> Universitat de València. Comunicación audiovisual y publicidad. [german.llorca@uv.es](mailto:german.llorca@uv.es)





## Para empezar

La razón sirve, esencialmente, para crear orden. El orden se sobrepone al caos y permite que nos movamos en él de un modo confiado. Y esto es, sencillamente, fascinante; puesto que en apariencia no nos hace falta nada más para comprendernos y comprender nuestro entorno. No intentamos esbozar aquí siquiera una aproximación a la definición del concepto de *razón*; sería imposible. Por ello, la hipótesis que desarrollamos en nuestro artículo debe ser más simple, aunque no por ello más sencilla y sería que el alejamiento del contacto directo con *el caos* es lo que impide el desarrollo de una capacidad de entendimiento duradera fundada en cierta idea de razón.

La capacidad de entendimiento, en tanto que facultad de conocimiento del ser humano (Thiebaut, 2005: 40), tiene una honda implicación antropológica que aún se escapa a nuestra plena comprensión. Pero este alejamiento no es solo casual. Es un alejamiento interesado, puesto que permite ejercer formas de control mental muy sutiles, útiles para el ejercicio del poder. Y, al igual que la radioactividad, es un peligro doble, puesto que su invisibilidad limita las posibilidades de identificarlo y combatirlo. Una de las cuestiones más graves que quedan para la reflexión es, precisamente, que el poder ya no es más el dominio *ejercido* sobre alguien, sino el *autodominio* puesto en práctica por el propio individuo.

La capacidad de entendimiento duradera implica la asimilación individual y colectiva de un modelo de conocimiento *válido* y su transmisión intergeneracional de un modo estable. Esta parece ser una de las claves. La racionalidad permite la diversidad cultural y responder a las limitaciones socio-semánticas de nuestra conducta como especie, pero siempre de manera aislada, no metódica y sirviendo a diferentes finalidades (Gellner, 2005: 228/229). El ejercicio de la razón, a saber, la facultad cognoscitiva de los seres humanos (Thiebaut, 2005: 92), debe entenderse desde esta complejidad. Solo así cabría plantear una respuesta adecuada a la falta de profundidad en nuestra relación con y en *el caos* y, por consiguiente, al *autodominio*. Pensar no está de moda y he aquí el origen de los problemas esbozados.





## Capacidad, voluntad y responsabilidad

Como se sabe, la discusión que opone la importancia de lo innato frente a lo aprendido en la capacidad cognitiva de los seres humanos tiene su origen en los debates modernos del siglo XVIII (Tomasello, 2007: 67). Estamos lejos de tener una respuesta o solución definitiva al problema, pero sabemos que la herencia cultural y la herencia biológica se entrelazan inextricablemente en una etapa muy temprana del desarrollo humano (Tomasello, 2007: 71). Las consecuencias de este hecho están directamente relacionadas con nuestra capacidad de razonar: “Los seres humanos individuales poseen una capacidad biológica heredada para llevar a cabo una vida cultural” (Tomasello, 2007: 73).

Esta capacidad podría definirse en tanto que posibilidad de aprehender determinados elementos de la realidad mundanal (Zubiri, 2008: 169). La aprehensión requiere de una fase posterior de interiorización y apropiación de dichos elementos, cuya forma simbólica aprendemos a utilizar en nuestro provecho. Los símbolos son las convenciones para compartir experiencias y todo el proceso es el resultado de la interacción de nuestra naturaleza biológica y social en tanto que seres intencionales (Tomasello, 2007: 104). Somos seres viviendo en sociedad y la sociedad produce percepciones fundamentales que por analogías, por la unión de diferentes lugares, personas, ideas, etc., provocan recuerdos que pueden ser compartidos por varios individuos, incluso por toda la sociedad (Candau, 2006: 62) y a través del tiempo en una secuencia intergeneracional.

En otras palabras; a la imitación de las acciones que llevan a cabo aquellos que son como nosotros en nuestro entorno debe seguir la comprensión de lo que significan dichas acciones. El lenguaje, en tanto que exteriorización de la memoria humana, se considera su primera ampliación (Candau, 2006: 42) y es, asimismo, la herramienta que permite (re)construir dialógicamente aquello que se comparte, aquello que se conoce. Desde un punto de vista filogenético, hemos conseguido como especie el grado más alto de flexibilidad de comportamiento conocida, pero esta misma flexibilidad exige de algún mecanismo de control (De la Fuente y Pousada, 2009: 67). Puede que por este motivo los autores sugieran como solución a la falta de control combinar un mayor grado de atención y





un mayor grado de conciencia en nuestras acciones. Estar atentos y ser conscientes de ello, dentro de unos límites lógicos, impediría caer en un ciclo repetitivo, indolente y mecánico a la hora de actuar y pensar.

Según este planteamiento, “la atención deja de entenderse como un proceso cognitivo más y pasa a considerarse el mecanismo controlador o regulador interno de la actividad cognitiva y de la conducta del sujeto” (De la Fuente y Pousada, 2009: 74). En consecuencia, ser conscientes de una decisión implicaría saber o intuir suficientemente que dicha decisión tiene, simplemente, consecuencias impredecibles, potencialmente positivas o negativas. En otras palabras, ser plenamente conscientes implicaría ser responsables de nuestros actos, entendiendo la responsabilidad como la relación ética de un sujeto respecto a sus obligaciones, en la medida en que el valor de las acciones no puede prescindir de sus efectos (Thiebaut, 2005: 96).

### Control vs. Control

El dominio de las voluntades a través de la superstición fue institucionalizado en la práctica de la fe por las grandes religiones. Este dominio, en absoluto incompatible con formas más *evidentes* de represión, quedó momentáneamente cuestionado por la razón, es decir, por la *práctica de un cierto tipo de razón*. Una duda cuyo alcance estuvo limitado a ciertas élites intelectuales, pero que fue difundida con una voluntad universalizadora en la Modernidad. Ahora, se intentaría restaurar una suerte de dominio similar a través del miedo, la ignorancia y la supresión del deseo crítico de aprender, de dudar. (Van Dijk, 1999: 207). Nosotros añadimos que favoreciendo un nuevo tipo de fe supersticiosa, instilada sutilmente, que renuncia a cuestionar aquello que se (re)presenta como obvio. Y la Historia es una sucesión en el tiempo de los diferentes modos de coerción basada en la administración del modelo de cognición (Gellner, 2005: 200 y ss.).

Ante esta situación debe plantearse la recuperación de uno de los valores contenidos en aquél *cierta tipo de razón* que mencionábamos al inicio de nuestro artículo y que posteriormente vinculábamos a las ideas de atención, voluntad y responsabilidad. Solo, o al





menos, uno. La razón moderna, la razón instrumental positivista, sirvió a un fin nunca alcanzado y nunca plenamente justificado. Entendemos que la equivocación fue creer que la razón era todopoderosa, invariable, infalible. Ya sabemos que no fue así, que no es así, puesto que al hacerlo se convirtió en totalitaria. Con todo, no debemos renunciar al poder argumentativo, constructivo y dialógico contenido en aquél *cierto tipo de razón* y que es la esencia de la capacidad humana de pensar. Pensar y razón son aspectos de una sola actividad: “se piensa según razón y se intelige en la razón pensante” (Zubiri, 2008: 39).

El acto reflexivo y consciente de pensar es y debe ser una actitud voluntaria. Sin este ingrediente, el acto de pensar deviene mera repetición de clichés. La voluntad es la facultad de la mente que ejerce las actitudes desiderativas, intencionales y electivas (Thiebaut, 2005: 107). Pensar es un acto no instintivo de elección consciente y elegir es, con toda seguridad, la posibilidad de cometer errores. “El origen de nuestras ideas es una cuestión; su validez, otra considerablemente distinta” (Gellner, 2005: 99). Como especie depredadora que aún somos hemos oscilado entre una deificación del concepto o idea de razón y su demonización y, sin duda, deberemos de ser capaces de consensuar un término medio algo más pacífico y constructivo. Ahora, más que nunca, el control social se lleva a cabo poniendo límites a nuestra capacidad crítica de responsabilidad.

### Ondas, unos y ceros

Desviar la atención hacia un tema de menor importancia cuando se entra en conflicto con los testigos es un recurso básico que conoce incluso el más mediocre de los oradores. El buen orador, además, sabe que el éxito de su discurso radica en no permitir el debate sobre las cuestiones más ambiguas del mismo y en no dar información sensible de manera incontrolada. Los sistemas *modernos* de telecomunicación facilitaron enormemente este trabajo (Llorca Abad, 2011: 136 y ss.), permitiendo a los oradores [entiéndase aquí, quienes detentaban el poder] dirigirse por primera vez a las audiencias masivas, en situaciones comunicativas de una dimensión sin precedentes. Con el desarrollo de dichos sistemas de comunicación, la realidad se disoció en dos: una inmediata y otra mediáticamente





programada. Con el tiempo, y en combinación con la acción maquina de instituciones como la escuela, asistimos a la aparición de una sociedad idiotizada por el declive constante de la inteligencia crítica (Michéa, 2002: 14).

Y solo son necesarias tres claves para comprender la dimensión de esta decadencia planificada. En primer lugar, el juicio crítico exige unas bases culturales mínimas, empezando por la capacidad para argumentar y el dominio de las exigencias lingüísticas elementales (Michéa, 2002: 15) que la escuela y el entorno social no aportan. En segundo lugar, la aparición de nuevas tácticas de censura invisible, asumida estructuralmente en los intereses del sistema audiovisual (Méndez Rubio, 2003: 102), responsables de la construcción de la realidad mediática. En tercer lugar, un profundo proceso de desrealización del entorno inmediato, que aleja a los individuos de la posibilidad de conocer y permite la instauración de una dictadura de velocidad<sup>2</sup>.

No compartimos, en absoluto, la idea de que cualquier tiempo pasado fue mejor. Es mentira. La nostalgia está sobrevalorada, probablemente por la sobreexcitación a la que nos someten los mecanismos publicitarios sobre esta idea. Y disponemos de sobradas pruebas que desmienten la existencia pasada de un estado de ánimo racional suficientemente estable. Además, no es solo una cuestión de estabilidad, sino de definición. “La razón, simplemente no es capaz de proveer las premisas que pueden seleccionar o establecer tanto los medios como los fines”. (Gellner, 2005: 233). No obstante, entendemos que las consecuencias de la situación descrita invitan a imaginar escenarios aún peores que los vividos. El proceso en curso de digitalización de los procesos de comunicación solo invita a pensar en un empeoramiento de dichas consecuencias. Por primera vez en la historia no solo *presenciamos* una realidad virtual, modelada por las ondas o de unos y ceros, *vivimos* en ella gracias a las posibilidades de interacción de lo digital.

Nos estamos acostumbrando a participar de forma inconsciente en una suerte de realidad independiente del modelo *real*. Esta idea, común y extendida en el campo de la

<sup>2</sup> La tercera clave ha sido desarrollada en una extensa obra que abarca varias décadas por el pensador y crítico de la tecnología Paul Virilio. Nosotros hemos publicado un estudio completo de la obra del autor francés en otro lugar (Llorca Abad: 2010).





física teórica, nos ayuda a comprender mejor el argumentario hecho hasta aquí: “Nuestros cerebros interpretan las informaciones de nuestros órganos sensoriales construyendo un modelo del mundo exterior. Estos conceptos mentales son la única realidad que podemos conocer. No hay comprobación de realidad independiente del modelo. Se sigue que un modelo bien construido crea su propia realidad (Hawking y Mlodinow, 2010: 194). El problema es cuando la realidad se independiza además de la propia realidad en un modelo televisual falso, pero aparentemente bien construido.

## Comunidad

Retomemos brevemente una idea ya expuesta: “Juntos, la sociogénesis y el aprendizaje cultural permiten a los seres humanos producir artefactos materiales y simbólicos, cada uno de los cuales se basa en los anteriores” (Tomasello, 2007: 74). El interés que para nosotros tiene esta afirmación radica en la idea de *cambio* que contiene. Este proceso histórico intergeneracional permitió durante siglos la interiorización y apropiación del conocimiento a los seres intencionales, mediante una cierta razón aún inconsciente. Permitted la construcción de cierta idea de memoria y de experiencia, que a su vez permitió el desarrollo de un concepto racional de espacio común, de espacio público. Un espacio necesariamente inmediato y abierto a la interacción directa.

Estas ideas de memoria y experiencia directa sirvieron de fundamento a un estado momentáneo de *lucidez*. Se supo que pensar racionalmente es poder cambiar los universos simbólicos, hacerlos más complejos, abrirlos a la transformación, cuestionarlos, a través de la acción de la atención y la responsabilidad. Esta fue y es la clave para establecer un modelo de cognición humana estable y perdurable en el tiempo. Pero algo salió mal. Y los sucesivos esfuerzos por suprimir la atención, la voluntad, la responsabilidad y aniquilar así la memoria, culminaron en las sociedades masivas controladas mediáticamente en un sistema audiovisual todopoderoso, en un modelo representado de realidad, ahora también global. Sometidos a una iconorrea, antes esencialmente televisiva y ahora simplemente audiovisual, sufrimos la agnosia del acontecimiento, que pasa a ser una sucesión de planos





independientes percibidos sin duración ni continuidad cuyo sentido se nos escapa (Candau, 2006: 46 y ss.). La realidad inmediata es aniquilada y la atención queda aturrida por el torrente de detalles banales percibidos.

El fin es el mismo que el puesto en práctica por *buen* orador: desviar la atención hacia cuestiones sin importancia. “Los propietarios y gerentes de las industrias mediáticas pueden producir y reproducir el contenido, las inflexiones y los tonos de las ideas que les son favorables mucho más fácilmente que otros grupos sociales porque ellos manejan las instituciones socializadoras clave, con lo cual se aseguran que sus puntos de vista se proyecten de manera constante y atractiva en la arena pública (Lull, 1997: 51 y 52). La atención se pierde en un mar de detalles banales.

Suprimir el contacto directo con la realidad elimina la experiencia común, que se convierte en mera representación (Debord, 2003: 37) e impide el desarrollo de la *lucidez*. Lo que se plantea es el abandono de las ideas de comunidad y del *otro*, el que nos ayudaba a pensar en el diálogo. Ambos han ido diluyéndose hasta hacerse imperceptibles. Los espacios públicos no existen más allá de la representación virtual-digital de la realidad y de las relaciones sociales. Probablemente todo ha sucedido en una secuencia acomodaticia de sucesos imperceptibles. Y, al final, “en el hiato entre mostrar y decir, o entre ver y comprender, la imagen masiva restringe sus potencialidades de descubrimiento cognoscitivo al tiempo que intensifica sus virtudes para el adormecimiento ideológico” (Méndez Rubio, 2003: 164).

## Lucidez

La persona *lúcida* debe entender que los límites de la realidad son la mirada y las palabras. Por lo tanto, ser lúcidos implica tener dos únicas certezas: la certeza de que aquello que creemos saber forma parte solo de un conocimiento y orden incompletos y la certeza de que solo podemos aspirar a *creer saber*. Esa es nuestra capacidad darwiniana, ese es nuestro potencial adaptativo como especie. No nos queda más remedio que intentar comprender la realidad a partir de nuestra compleja doble naturaleza humana, ya que,





afortunadamente no somos amebas. Para bien y puede que para mal somos la fuente absoluta de nuestro propio conocimiento y poder limitado sobre el cosmos.

La lucidez racional debe expresar, como expresara también la razón instrumental, una voluntad transformadora de la existencia aunque sin las aspiraciones absolutistas de aquélla. El hábito *bourdieuano* de la cultura (Tomasello, 2007: 104), nuestro mundo de apariencias creíbles, puede y debe cambiar a través de una práctica dialógica mancomunada, atenta, voluntaria, consciente y responsable. Esto se debe a que “el carácter indeterminado, generativo y vago del hábito refleja su naturaleza contingente” (Lull: 1997: 97). Y las palabras no pueden ser responsables de los abusos que pueden cometerse con ellas y la persona *lúcida* debe tener la posibilidad de extrañamiento, distanciamiento y comparación de la realidad. Estas acciones son necesarias para la consciencia lúcida, es decir, la plena consciencia de no tener más que la capacidad para alejarnos de la realidad en el intento de abarcar una visión completa de la misma. Lucidez es buscar caminos, posibles soluciones, hacer hipótesis sobre la constatación de las particularidades irrepetibles que se opongan a una homogeneización (Barcellona, 1999: 36 y ss.) programada, visual, virtual, e irreal de las existencias personales.

El relativismo conduce a un inmovilismo paralizante, porque es un tirano absolutista. Y el desencanto veta la búsqueda de razones para fundar una idea consensuada de verdad, ya que habría tantas verdades como culturas, como comunidades históricas, incluso, como subjetividades. A su vez, el particularismo, que podría haber enfatizado la diversidad y la necesidad de la apertura, tiende, vertiginosamente a un diálogo de sordos. Y no se trata de restituir el valor inicial de ideas como justicia o solidaridad [aunque probablemente también], sino recuperar el valor de la idea de pensar, de la idea de dudar, de la posibilidad de reconstruir el orden. Y el mismo verbo contiene la explicación: re-construir no implica ningún tipo de destrucción preventiva.



**Lucidez desarticulada**

No es posible sostener la idea de que pensar es fácil, sino todo lo contrario. Pensar es difícil y lo es aún más si no sabemos, si no entendemos, para qué puede servir. En la era (sobre)moderna de nuestro presente se articulan los mecanismos que, precisamente, desarticulan el pensamiento complejo. La razón, al contrario de lo que apuntábamos al inicio de nuestra reflexión, ya no crea orden: lo recrea tendenciosamente sobre el vacío de los unos y los ceros. Los universos simbólicos constituyen una herencia y medio de reconocimiento más que de conocimiento (Augé, 2004: 39). Los universos simbólicos virtuales, sin referente, constituyen además un medio de cultivo de la ignorancia programada y un ambiente ideal para ejercer el control personal y la manipulación.

Estamos instruidos en la incapacidad para pensar y menos aún desde una perspectiva que hemos descrito como *lúcida*. La razón y el entendimiento son substituidos por estados de ánimo inconscientes, en una confusión planificada de emociones visuales. No solo se substituyen, sino que se nos instruye en la asimilación acrítica de dichos estados. La instrucción coincide en un momento en el que los discursos informativos se confunden con los publicitarios y propagandísticos. Simultáneamente, el poder se invisibiliza (Méndez Rubio, 2003).

La emoción conduce a una era vacía de superficialidad e insipidez (Lipovetsky: 2002), algo que debería ponernos en alerta ante los que pretenden y persiguen acabar con la historia, las ideologías y toda suerte de (pre)definiciones. Las (pre)definiciones cambian, pero son importantes para una articulación lúcida del pensamiento. Desde un punto de vista clínico, el autista es aquella persona que tiene dificultades para identificarse con otras personas. Son personas básicamente aculturales (Tomasello: 2007: 102). La lucidez desarticulada nos está convirtiendo en una especie de individuos autistas y asociales. Solo se puede conocer si tenemos la posibilidad de equivocarnos en comunidad.





## Referências:

- AUGÉ, Marc (2004) *Los no lugares. Espacios del anonimato. Una antropología de la sobremodernidad*. Gedisa, Barcelona.
- BARCELLONA, Pietro (1999) *Postmodernidad y comunidad. El regreso de la vinculación social*. Trotta, Madrid.
- CANDAU, Joël (2006) *Antropología de la memoria*. Nueva Visión, Buenos Aires.
- DE LA FUENTE, Javier y POUSADA, Modesta (2009) *L'atenció*. UOC, Barcelona.
- DEBORD, Guy (2003) *La sociedad del espectáculo*. Pre-Textos, Valencia.
- GELLNER, Ernest (2005) *Razón y cultura*. Síntesis, Madrid.
- HAWKING, Stephen y MLODINOW, Leonard (2010). *El gran diseño*. Crítica, Barcelona.
- LIPOVETSKY, Gilles (2002) *La era del vacío. Ensayos sobre el individualismo contemporáneo*. Anagrama, Barcelona.
- LLORCA ABAD, Germán (2010) *Dictaduras de velocidad*. Biblioteca Nueva, Madrid.
- LLORCA ABAD, Germán (2011) *Lucidez: una modernidad sin excesos*. Editorial UOC, Barcelona.
- LULL, James (1997) *Medios, comunicación, cultura*. Amorrortu, Buenos Aires.
- MÉNDEZ RUBIO, Antonio (2003) *La apuesta invisible*. Montesinos, Barcelona.
- MICHÉA, Jean-Claude (2002) *La escuela de la ignorancia*. Acurela Libros, Madrid.
- THIEBAUT, Carlos (2005) *Conceptos fundamentales de Filosofía*. Alianza, Madrid.
- TOMASELLO, Michael (2007) *Los orígenes culturales de la cognición humana*. Amorrortu, Buenos Aires.
- VAN DIJK, Teun A. (1999) *Ideología. Una aproximación multidisciplinaria*. Gedisa, Barcelona.
- ZUBIRI, Xavier (2008) *Inteligencia y razón*. Alianza, Madrid.

Texto recebido em 01 de fevereiro de 2011

Text received on February 01, 2011

Texto publicado em 31 de março de 2011

Text published on March 31, 2011

